

## Donde los niños y las niñas deciden

Eva Terol

Fotografías de Eva Terol.

Cuadernos de Pedagogía, N° 452, Sección Reportaje, Enero 2015, Editorial Wolters Kluwer, ISBN-ISSN: 2386-6322

Tomar decisiones y responsabilizarse de ellas es un ejercicio cotidiano al que están acostumbrados los niños y niñas que acuden a Ojo de Agua-Ambiente Educativo (Orba, la Marina Alta, Alicante). En este laboratorio donde se ensayan nuevos modelos pedagógicos, cada niño es libre de elegir su camino y dejar que la curiosidad le guíe en su camino por el aprendizaje. La meta es descubrir sus motivaciones vitales, habilidades y destrezas, aprender a respetar sus propios ritmos y desarrollar su potencial como ser humano único.

Información relacionada

*Ojo de Agua-Ambiente Educativo*



Moira abre la libreta y muestra la hoja donde tiene anotados a lápiz todos los talleres a los que ha decidido libremente apuntarse este curso. "Me encanta el teatro y de mayor quiero ser actriz, por eso he propuesto que se haga un taller sobre técnicas de cine. Tengo que encontrar tiempo para convocar una reunión con la gente que está interesada. Tenemos que decidir qué día, qué hora y quién lo podría dar". Habla con resolución y desparpajo. Tiene 9 años. A su lado, su compañera María, de su misma edad, espeta con autoridad: "Mi padre es actor y ha hecho muchas series, pero hace tiempo que lo dejó. Y creo que hay otra mamá que también ha hecho algunas pelis y podría ayudarnos".

Es jueves y son casi las diez de la mañana. En la biblioteca de Ojo de Agua-Ambiente Educativo, una habitación no demasiado grande por donde la luz entra en cascada, hay taller de matemáticas. Moira y María se disponen a tomar asiento en una de las dos mesas de comedor de la estancia, entre mullidos sofás, pufs y estanterías repletas de libros, cómics y revistas juveniles como *Okapi* o *Muy Interesante Junior*. Entre manos, varias fichas plastificadas con operaciones que calcular. "Estas son sumas llevando y estas sin llevar", dice María mientras ordena frente a ella varias cajitas con maderas de diferentes tamaños que le ayudarán a hacer las cuentas; un material procedente de la pedagogía Montessori que también utilizan en este proyecto de educación compartida con las familias.

Asisten al taller cinco niñas de edades diferentes. Algunas están aprendiendo a sumar, otras a multiplicar. Con ellas está Javier Herrero, quien responde a sus preguntas y atiende sus necesidades, pero sin imponerles ninguna tarea. "La cultura en la que vivimos restringe el concepto de aprendizaje a algo que se da en una clase, donde se distribuye información casi unilateralmente. Aquí se hacen talleres, sí, pero no es algo en lo que hacemos gran hincapié -afirma Herrero, fundador, junto a Marién Fuentes, de Ojo de Agua-Ambiente Educativo-. Aquí lo que importa es lo que las personas sienten que desean hacer, esté en el currículo o no" -aclara.



### Elegir y no juzgar

"No podemos predecir el conocimiento que vamos a necesitar dentro de 10 o 15 años, y restringirlo es restringir las posibilidades de la civilización -argumenta Marién-. Necesitamos mentes muy flexibles, personas con un equilibrio emocional, que se sientan seguras de sí mismas, con iniciativa, capaces de establecer acuerdos sociales y que tengan una vivencia cotidiana de que la vida tiene sentido y merece la pena ser vivida. Y esto solo se logra cuando uno hace lo que siente que tiene que hacer y no hay imposiciones desde fuera -declara.

En Ojo de Agua, el 98% de la actividad responde a la iniciativa de los niños. Esto supone para los padres un ejercicio de confianza radical, ya que tienen que creer que sus hijos están preparados, por naturaleza, para aprender, y que sus elecciones serán las adecuadas.

Hay quien, nada más llegar a Ojo de Agua, elige desayunar. Quien se tumba en una colchoneta a escuchar música. Quien, como Moira y María, asisten a un taller de matemáticas, o de mitología, o de fotografía, o de baile. Quien, a pesar de las cuatro gotas de lluvia que caen, prefiere corretear y jugar a la botella, una especie de pillapilla en la que unos se esconden y otros se persiguen. Quien se lanza a saltar en las camas elásticas, como la pequeña Valeria, de cuatro años y medio, que apenas lleva unos días en Orba y no pierde de vista a su madre, que se quedará con ella el tiempo que haga falta para facilitar su adaptación en su nuevo entorno. Y hay quien, como Tai, elige retirarse a pintar a la sala del medio, así llamada porque está entre la sala de juegos y el laboratorio.

Tai tiene 15 años y está esperando cumplir los 16 años para sacarse la ESO. "Quiero viajar y aprender idiomas", asegura. Lleva en Ojo de Agua desde los 7. "Me gusta mucho dibujar y antes me pasaba casi todo el día pintando. He mejorado bastante", reconoce con gesto de satisfacción, mientras se quita los auriculares del teléfono móvil desde el que escucha "música japonesa y coreana" y vence su timidez para mostrar el esbozo de muñeca "manga". "Me gustaría poder hacer realismo, pero prefiero imaginarme cosas antes que copiarlas", admite.

Fuera, en el taller de carpintería, sus compañeros Carlos, de 17 años, y Paula, de 16, construyen con maderas recicladas un gallinero con ruedas. Sergi, de 15, repara un taburete que cojea y Candela, de 13, juega con Beauty, uno de los cuatro perros que viven en el lugar. Les acompaña Eduardo Sánchez, que recién ha cumplido los 20 años y desde hace tres forma parte del equipo de adultos acompañantes. En realidad, Edu llegó a Ojo de Agua cuando tenía 14 años. "En el colegio lo pasaba muy mal. Me costaba mucho estudiar. Me hacían *bullying*. Hasta que mi madre se cansó y nos vinimos desde Málaga", rememora con una mirada que delata verdadera gratitud. "Este lugar me cambió la vida. Dejé de tener broncas en la calle y empecé a llevarme bien con todo el mundo", cuenta emocionado. Y añade: "Lo que más me gusta de este modelo de escuela es el respeto que se tiene por los chicos. El respeto y el hecho de no juzgar nada. En la escuela tradicional pueden decirte de tonto para arriba y hacerte sentir muy inferior a los demás".



### Un ambiente privilegiado

En la actualidad, cerca de 60 niños y niñas, de entre 3 y 17 años, acuden a Ojo de Agua, aunque esta cifra puede variar ligeramente, puesto que la admisión está abierta todo el año. El "ambiente" -como suelen llamarlo- está disponible de lunes a viernes de 9 a 14 horas, y los horarios de entrada y salida son flexibles. "Por las tardes atendemos a las familias, que son el ecosistema esencial para el desarrollo integral del niño", puntualiza Marién. El centro cuenta con un equipo de seis adultos acompañantes a tiempo completo y otros tres a media jornada.

"Esta es la mejor escuela del mundo", proclama Sune riéndose, mientras repara la cuerda de una guitarra, sentado en uno de los sofás de la sala tranquila, el mismo espacio donde se celebran las asambleas semanales. Sune es danés. Como Moira, tiene 10 años y apenas lleva uno en Ojo de Agua. "Casi siempre estoy en la carpintería y hasta hace unos días estábamos fabricando una radio en Experimentos, pero a veces me gusta venir aquí a tocar la guitarra", comenta. Suele acompañarle, al tambor, su amigo Florence, que solo habla inglés. A los dos chavales las horas se les pasan volando improvisando ritmos y buscando letras para las canciones que se les ocurren. Algunas las graban en video y las cuelgan en Youtube. "En casa tengo tres guitarras y mi hermano a veces me da ideas para componer", revela el pequeño, abriendo mucho los ojos. "Antes fui a una escuela convencional, pero sentía que me ahogaba. No podía soportar estar metido durante horas dentro de una pequeña habitación, sentado en la misma silla, con cuarenta personas más".

En Ojo de Agua, en cambio, abundan los rincones en los que jugar, aprender al aire libre y sentir el latido de la naturaleza. La finca de Orba (La Marina Alta, Alicante) donde echa raíces este proyecto de educación alternativa, con un sólido sustrato ecológico, ocupa dos hectáreas y media de terreno salpicadas de almendros, olivos, pinos y viejos algarrobos. En el corazón de la parcela se encuentra el edificio principal, una casa de madera construida con criterios bioclimáticos, capaz de autoabastecerse de energía y recoger cada año una media de 250 m<sup>3</sup> de agua de lluvia.

A su alrededor, hay bancos donde sentarse, un campo de fútbol, un arenero, una mesa de agua, una pista de *skateboard*, así como varias plataformas elásticas y estructuras de desarrollo motriz. Un poco más lejos distinguimos un pequeño huerto y un gallinero con diez gallinas, un bosque comestible, un estanque de aguas transparentes que se mantienen limpias gracias a una minicascadea y a la presencia de plantas acuáticas, y una cúpula geodésica de 23 m<sup>2</sup> que fue edificada por doce niños de entre 7 y 15 años, con la ayuda de alguno de sus padres, en un intenso proceso que se alargó durante tres años. "Cuando un niño te dice un día que quiere construir un domo y acaba construyéndolo y superando ese reto, la experiencia de empoderamiento que le estás brindando es increíble. Estás diciéndole: si sigues tus sueños, estos se cumplen", comenta entusiasmado Javier Herrero.

#### De El Pesta a Sudbury Valley School

Ojo de Agua comenzó a gestarse en las mentes de Javier Herrero y Marién Fuentes al mismo tiempo que nacía su hija Paula, en 1998. La vivencia de una maternidad y una crianza conscientes les llevó a crear, junto a otra pareja primeriza, un espacio donde sus hijas pudieran desarrollarse en un clima de respeto a sus necesidades básicas. Así empezó un viaje de búsqueda que les llevaría a visitar proyectos educativos en diferentes partes del mundo y a descubrir nuevas formas de aprender y educar.

Los pedagogos alemanes Mauricio y Rebeca Wild, creadores de la Fundación Educativa Pestalozzi, encabezan su lista de referentes. "Fue nacer nuestra hija y caer en nuestras manos el libro de Rebeca Wild *Educar para ser. Vivencias de una escuela viva* (Herder, 1999). Viajamos a Ecuador, donde permanecimos tres semanas asistiendo día tras día a la escuela El Pesta. Tres años después, les invitamos a España e incluyeron Ojo de Agua en su gira europea. Nuestro proyecto fue el primer lugar en el que impartieron talleres, y más tarde otros grupos también comenzaron a organizar seminarios con ellos".

Daniel Greenberg, fundador en 1968 de la Sudbury Valley School, la primera experiencia de escuela democrática, después de Summerhill, es otra de las fuentes fundamentales de las que bebieron Marién y Javier. Tras visitar el centro educativo en Massachusetts (Estados Unidos), la pareja asistió a seminarios internacionales en proyectos que compartían la filosofía de Sudbury Valle y tradujo al español y editó la obra de Greenberg *Free at last (Por fin, libres)*.

Otra importante fuente de inspiración fue el educador John Holt, iniciador del movimiento de la desescolarización en Estados Unidos. "A través de libros como *How*

*children learn?* (*Cómo aprenden los niños pequeños y los escolares*, 1969) o *Learning all the time* ('Aprendiendo todo el tiempo', 1989) aprendimos a mirar a los niños y a su actividad espontánea con otros ojos. Holt, el movimiento Crecer sin Escuela y el actual grupo Touch the Future, liderado por Michael S. Gazzaniga y apoyado por Joseph Chilton Pearce, son una referencia clave para nuestro pensamiento educativo", reconoce Javier.

El biólogo chileno Humberto Maturana, fundador de la biología del conocimiento, y el físico austriaco Fritjof Capra, padre de la alfabetización ecológica y a quien Herrero considera "el más importante difusor del pensamiento sistémico", completan la nómina de autores de cabecera de los impulsores de Ojo de Agua.

### Aprender de dentro hacia fuera

En el kínder, el espacio reservado para los más chiquitines -cuyo nombre significa 'niños', en alemán-, los menores de Ojo de Agua conviven hasta que cumplen aproximadamente 7 años, o piden pasar a la casa grande. Algunos, como Mara, que aún no ha cumplido los 3, agradecen la quietud que se respira en la pequeña salita, atiborrada de juguetes, puzles, cuentos y disfraces. Sentada en una pequeña mecedora, ella y otra amiguita hojean con curiosidad el libro *Cómo estamos hechos*, y van señalando en su propio cuerpo los órganos que observan en las ilustraciones. Frente a ellas, un pequeño grupo de menores construye mecanos con imanes y con piezas de lego. Muy cerca, se oyen las risas y los jadeos de otros niños. Descalzos y felices se tiran unos encima de otros y cabalgan grandes y coloreadas figuras geométricas de espuma. En la misma sala donde brincan y corren, completamente diáfana y con el suelo de madera, comienza a las 11.30 el taller de teatro que imparte Sonia González, educadora social y madre de dos chavales que también estudian en Ojo de Agua.



Moira y algunas de sus amigas llegan desayunadas a la cita, siguiendo el consejo de Sonia. La sesión empieza con varios ejercicios de movimiento y expresión corporal. Por parejas, las niñas dibujan esculturas humanas imposibles pegando la nariz de una con la oreja izquierda de la otra, el pie derecho con el codo izquierdo. Buscan la manera de acoplarse, algunas sentadas, otras tumbadas en el suelo. A continuación, se forman grupos de tres y, durante varios minutos, sus integrantes charlan hasta descubrir "al menos tres cosas que tenéis en común". "Puede ser qué me pone triste, qué me pone rabiosa, qué me pone contenta", explica Sonia. Al cabo de un rato, Moira pide ser la portavoz de su equipo: "Hemos descubierto que a todas nos gustan los caballos, que todas hemos montado en burro y que ninguna de nosotras reza".

El momento más esperado, sin embargo, es el de las improvisaciones. La única consigna esta mañana es la palabra *carnicería*. A partir de ahí, y de forma espontánea, se van creando situaciones. Todas las niñas van saliendo al escenario que han imaginado, sentándose simplemente unas frente a otras. "Conflicto, quiero un conflicto", conmina Sonia. Y Moira, que interpreta a una supuesta cliente, inmediatamente resuelve: "Te doy cuatro euros por el pollo. Cinco me parece muy caro". "Fuera de mi carnicería", responde su pareja en la escena.

"En las improvisaciones, muchas de ellas exponen sus propias vivencias y muchas veces son situaciones que no tienen solucionadas", señala Sonia. "El trabajo busca que se conozcan de forma profunda, que se genere la suficiente confianza para que no haya prejuicios ni inhibiciones. Se trata de aprender a escuchar al otro y aceptarle tal y como es", asegura.

Una galería acristalada y luminosa comunica las distintas estancias del edificio y facilita el tránsito entre ellas. Y mientras tiene lugar el taller de teatro, en la sala de artes y manualidades, otro grupo de chavales moldea piezas de barro y aprende a hacer cerámica con la ayuda de otro padre, que colabora de forma voluntaria en el proyecto. En la biblioteca, Marién toma el relevo a Javier y muestra a otro grupo de chicas y chicos un vídeo sobre la Quimera, uno de los personajes mitológicos que están descubriendo este año. Y Javier se reúne con Aitor en la sala del medio, para saciar su interés por las ilusiones ópticas. Juntos exploran el trabajo de Maurits Cornelis Escher, un artista holandés que trabaja las paradojas ópticas, las imágenes imposibles y la autorreferencialidad.

Cada espacio tiene a su propio responsable, que va rotando, y unas normas acordadas por quienes hacen uso de él y visibles para todos. Al laboratorio, por ejemplo, solo se puede acceder en compañía de un adulto. Hay que descalzarse para entrar en la casa y solo se puede comer en la cocina.

Todos los espacios, tanto interiores como exteriores, se consideran aulas de aprendizaje. "Los niños están siempre aprendiendo. No vienen aquí a aprender, sino que aquí aprenden viviendo. Por eso nos gusta decir que Ojo de Agua es un lugar donde intentamos crear las condiciones para que los chicos y chicas puedan realizar sus sueños. No se trata de sacar lo mejor que llevan dentro, sino de permitir que emerja", enuncia Javier.

### El parlamento escolar

El ambiente concebido por Marién y Javier permite a los niños y niñas tomar sus propias decisiones sin sentirse presionados. Sin embargo, la libertad de la que gozan está delimitada por normas, que están en constante definición y se establecen en el seno de la asamblea. En ella, adultos y no adultos tienen los mismos derechos, incluido el voto, y juntos, en pie de igualdad, adoptan las pautas que permiten una convivencia segura y relajada.

Horten, de 11 años, y Miguel, de 12, coordinan la asamblea de esta semana, que se abre con una votación que autoriza a la periodista a presenciar la reunión. Eduardo Sánchez plantea el primer tema del día: "Creo que no hay un buen uso de las bicis, que no se comunica si hay un desperfecto. Se rompen mucho y quería pedirlos que pensarais sobre esto".

Sune levanta el brazo. "Yo fui un día a por una bici y estaba pinchada, pero no avisé", confiesa el pequeño. "Hay que avisar", le contesta Edu. "Si se va en bici a los bancales, es normal que se pinchen. Propongo que los usuarios de la bicicleta salgamos juntos a dar una vuelta para tener claro por dónde se puede circular y por dónde no, y veamos si hay que cambiar alguna regla", sugiere el educador. Todos votan a favor de su propuesta. A continuación, algunos abandonan la sala y Marién convence a dos adolescentes que solo llevan una semana en Ojo de Agua para que entren. "Aunque sea solo para escuchar", les dice.

Mientras tiene lugar la asamblea no se puede subir a la planta de arriba de la casa, donde se encuentra la sala de las espumas. Tampoco se puede saltar en las camas elásticas ni jugar al fútbol. Solo un acompañante permanece en el exterior de las instalaciones, cuidando de quienes prefieren no participar en este parlamento escolar.

"Por favor, no juguéis, estamos en la asamblea". A Horten no le tiembla la voz a la hora de llamar al orden a quienes charlan, aunque sea en voz baja, y les amonesta advirtiéndoles que la próxima vez tendrán que abandonar la sala. El pequeño da la palabra a quien la pide, resume con elocuencia cada punto antes de iniciar la votación y se ocupa de hacer el recuento de votos de las propuestas que van surgiendo. Mientras tanto, Javier traslada al ordenador portátil el desarrollo del encuentro y, en menos de una hora, tendrá lista el acta de la asamblea para que todos puedan leerla.

"Creo que es necesario crear un turno para vaciar el capazo del agua que hay bajo el grifo del campo de fútbol", plantea Javier. Miguel sugiere que se ocupe la misma persona que recoge la basura. "Pero eso son dos acciones, creo que es demasiado pesado", replica Javier. Se votan las dos propuestas y Miguel se queda solo defendiendo la suya.

Javier también expone que el tablón de anuncios, donde se comparten las peticiones de talleres, está muy descuidado. "Hay carteles agujereados, movidos", se queja. "Falta espacio y faltan chinchetas", le responde Paula. "Estamos pensando en poner un tablón más grande en la planta de arriba", interviene Marién, y propone que quienes quieran aportar ideas se reúnan con ella en el pasillo, después de la asamblea.

El pequeño Orión pide la palabra: "¿Cuándo se acaba la asamblea?", pregunta con desgana. "Cuando tú te calles", le contesta Horten. "Eso me ha parecido irrespetuoso", le dice Marién. "Orión, no pidas la palabra para eso", le regaña Horten, suavizando el tono de voz. Antes de cerrar, Javier anuncia que Sandro, que ha formado parte de la familia de Ojo de Agua los últimos meses, abandona el centro para regresar con su familia a Cartagena. "Quería decirte que para mí ha sido un placer haberte conocido y pasar este tiempo contigo".

### Estirar las costuras del sistema

Mientras algunos niños se despiden de sus compañeros, otros se estrenan este año en Orba. "Tenemos familias que han venido desde Canarias, Andalucía, Murcia y Asturias. Ojo de Agua significa para ellas un cambio de vida, y eso es lo que buscan. Son familias con un alto grado de conciencia sobre lo que quieren, y eso las hace muy colaboradoras", apunta Marién.

Carmen Hurtado y su hija Valeria se han mudado a este valle del interior de Alicante desde Palencia. "Mi experiencia es que cuanto menos interfiero, cuanto más me aparto y dejo a mi hija a su aire, más aprende. Ella es muy autodidacta, por eso lo que buscaba era que la dejaran tranquila, que tuviera suficientes recursos a su alcance para investigar, experimentar y descubrir aquello por lo que siente curiosidad. Aquí he encontrado una mezcla muy buena de libertad y control", resume.

"Mi gran desafío es ser un apoyo, pero sin intervenir, excepto cuando hay una demanda expresa. Estar ahí, pero sin robar a los niños su aprendizaje", señala Adelaida Rivero, otra de las adultas acompañantes. "Es complicado, porque llevamos mucho dentro y no estamos acostumbrados a ese no-hacer", añade.

Ojo de Agua no ofrece ningún tipo de homologación. "Los exámenes, las notas y los títulos deberían ser medios, no fines. Cuando alguien quiere estudiar una carrera o hacer alguna formación de FP, les acompañamos para obtener el título, facilitándoles acceso a la información, a los centros, al material y prestándoles apoyo para preparar los temas cuando es necesario", explica Javier.

E insiste: "Esto no es una escuela. No es que sea legal o ilegal que los niños estén aquí, en lugar de estar escolarizados. El problema es que el tema no está regulado. Pero, porque soy responsable, hago lo que estoy haciendo", se defiende. "Eso significa que actuamos desde la responsabilidad y el corazón, pero responsabilidad no quiere decir obediencia. Si para ser coherentes con nuestro sentir hemos de crear nuevas realidades educativas, estamos dispuestos a hacerlo. Somos conscientes de que estamos estirando las costuras del sistema educativo, un sistema que amolda y homogeniza a las personas. Y lo que necesitamos, en cambio, son ciudadanos diversos, con caminos intelectuales y maneras de pensar distintas, porque esa diversidad es la que puede producir conexiones entre ámbitos no relacionados previamente, dando lugar a la innovación. Estamos en el filo, sí, pero sin estar ahí no puede haber innovación. La revolución está en que los sistemas se adapten a las personas y no las personas a los sistemas", concluye Javier Herrero.